XII

LLEGO el primero de Noviembre.

Las horas de la mañana pasólas Sotero en excitación febril, reconstruyendo la escena en su desbocada fantasía que, indudablemente, se desarrollaría por la noche á la hora de la cita.

Esperaba con ansia á que volara el tiempo.

Iba y venía sin dar tregua ni descanso á su ardorosa imaginación de romántico que ya bordaba de poéti-

cos matices aquel hermoso pasaje de su vida.

Había ya atardecido cuando tomó su sombrero de cartera de la percha inmediata al lecho y su bastón de estilete que se hallaba recargado contra el muro en el ángulo derecho del fondo de la alcoba, para dirigirse casa de Basiliso. Allí estaba Tomás.

Llamó al zaguán con la contera de su bastón, salió á abrir una criada que lo hizo pasar por el corredor entrándolo en el estudio de su camarada.

—Vístete, indicó el recién llegado á Basiliso, ¿no vamos á las ofrendas?

El interpelado por toda contestación sonrióse haciendo un gesto afirmativo con la cabeza: abrió un ropero de cedro que se levantaba contra la pared de enfrente, sacó su vestido negro de paño, que cepilló lenta y cuidadosamente, extendiéndolo sobre

la cama, y poco á poco se despojó de las ropas que vestía.

Tomás y Sotero, entretanto, se apartaron á una esquina de la pieza en que aparecía, en la penumbra, sobre un tosco pedestal, la imágen yacente de Juan Diego, con el ayate desplegado adelante, mostrando estampada en sus gruesas mallas, la Guadalupana.

—Es obra de Cervantes, de Chilalapa, hizo observar Basiliso, á tiempo que metía sus crasas piernas en el pantalón.

—¡Qué bien hecho está esto! exclamó Tomás.

—¡Toma! ¡Ya lo creo! respondió Sotero. Es muy buen escultor ese Cervantes.

—Un recuerdo de familia, siguió diciendo Basiliso, parece que costó caro á mi tio el señor cura, anudándose al cuello la corbata de lazada.

—«Orlando Furioso», leyó Sotero en el lomo de un grueso volúmen que tomó de la mesa de noche, de sabino, que se hallaba á un lado del lecho; sobre un fajo de papeles, cerca del tintero de latón y libros desencuadernados y en desorden.—¿Con que lees á Ludovico Ariosto? ¡Divino poema!

—¿Y esta mascarilla? preguntó Tomás al tomar de una columna de yeso, jaspeada de amarillo, arrimada al ángulo opuesto, un exvoto de obsidiana de nuestros antepasados.

—Me la regaló tio Mingo. Tiene además en su casa, un ídolo del tamaño natural. Todo lo encontró, con otras chucherías, en una excavación que practicó en un mumixtli de Telixtac. Ahora lo verán ustedes, de seguro va á adornar con eso la tumba de su mujer.

—¡Ah, vaya!

—Listo, profirió Basiliso que se caló el sombrero de anchas alas.

Al salir el último entornó la puerta de su cuarto; en el corredor paróse bruscamente Sotero y poniéndosele enfrente le preguntó:

—¿Qué no llevas tu plaid?

—Hombre, sí, contestó el interpelado.

Las sombras de la noche invadieron á medias la ciudad. Del horizonte surgió la plateada luna enviando á la tierra, al morir el crepúsculo, sus amarillentos rayos. La atmósfera pura y fresca acariciaba los rostros y permitía distinguir á distancia los objetos. Casi se conocia á las personas. Un bullicio de fiesta murmuraba con zumbido de enjambre, por todas las calles céntricas. De las casas salían vivos resplandores que alumbraban el arroyo y los muros de la acera opuesta, dibujando rec-

tángulos luminosos. Las siluetas de la muchedumbre que iba y venía se alargaban con perfiles y contornos fantásticos. El pueblo en peso visitaba las ofrendas. En Teloloapan, como en otras poblaciones del Estado, se acostumbra á levantar, en memoria de los difuntos, improvisados mausoleos, en el interior de todos los edificios. Imitan unos, sepulcros caprichosos; otros, soberbios catafalcos, y otros, sencillamente féretros; pero todos alumbrados profusamente con velas de cera, muestran, aquí, platos de fruta de horno, allí figurillas de queso y mantequilla; á este lado, escríbense en cartones con caracteres gruesos, sonetos y cinerarías, á este otro, se coloca el retrato del difunto, y por todas partes, míranse coronas de papel negras, de grenetina, ángeles pintados en posiciones imposibles y llorando á lágri-

ma viva, botellas de licor, de vino de consagrar, harina, ojaldres y calaveras de dulce, sin faltar en los de los indios, los tamales nejos y el mole poblano que á media noche despachará irremisiblemente el muerto; y arriba y abajo y aquí y allá, velas, cirios, y bujías alumbrando la estancia con resplandores de sol.

Nuestros personajes se unieron á la multitud. En la calle de las Sánchez y á tiempo de embocar un extrecho callejón, se hicieron los encontradizos con una porción de jóvenes alegres que reían y charlaban ruidosamente, jugando á empujarse. Iban allí Jacinta, Angela y Manuela. Despues de saludarlas las acompañaron, arrastrados por el tumulto que seguía adelante.

Entraban á diestra y siniestra, sin preferencia, sin voluntad, maquinalmente, en todas las casas alumbra-

das; á veces tomaban asiento para descansar un poco, á veces apenas si tenían tiempo de pararse y mirar á vuelo de pájaro los diversos adornos de las tumbas.

Poco antes de las once de la noche, Sotero inquieto y nervioso, logró apartarse del grupo, que en esos momentos traspasaba el umbral de la casa de tio Mingo; tomó de los hombros de Basiliso su plaid obscuro y de su cabeza el sombrero de anchas alas, substituyéndolo con el suyo y le dijo al oído:

—«No tardo, manís, en seguida te traigo esto . . .»

Tomás que conoció sus intentos lo siguió diciéndole: «Voy contigo.»

Sotero se paró bruscamente y contestó:

—No tardo, hermano, espérame.

—No, voy.

—Te suplico que nó. Lo agradez-

co, pero te aseguro que no conviene. . . . ¿Dónde los hallo?

—¿Pero no tardarás?

—Ni media hora, querido.

—Bueno . . . . Dentro de poco estaremos en la casa de Nacho.

Se despidieron en una obscura encrucijada. Tomas vaciló un poco, quiso seguirle á pesar de la promesa de no acompañarle; más á ese tiempo divisó á sus amigas y se unió á ellas.

Sotero echó á correr, rozándose con el muro de las casas para esquivar toda mirada, en derechura á la casa de su amada. Saltábale el corazón de gozo; notaba por la emoción quizás cierta opresión en el pecho que no le dejaba respirar á sus anchas; corría por todo su cuerpo un leve estremecimiento, lo subyugaba el sobresalto y sentía la obseción del miedo; ¿por qué?

Repentinamente dió de hocicos en la tranca de golpe y la escaló, sin el más leve ruido.

En la esquina inmediata á la casa de Rosaura, un bulto se revolvió con suavidad felina dentro del hueco de una puerta cerrada, y á merced de la sombra que proyectaban los tejados vecinos, otro se irguió de improviso, como si brotara del centro de la tierra. uniéndose ambos, recatados siempre de las gentes. Eran Pablo y Pancho.

—¿Ya ves? dijo aquel muy quedo y con la voz inmutada por la ira. ¿Ya ves? . . . ¡Qué infame . . . !

—Bueno ¿y qué? Vámonos . . . Ya les viste . . .

—No, no me voy; espero á que salga ese colegial.

—¡Chula cosa! ¿Qué adelantas con eso? Vámonos, estamos haciendo un mal papel.

—Yo me quedo. Espérame en la otra calle.

—Bah! ten cuidado, separándose.

Apenas había dado Pancho unos cuantos pasos se volvió apresuradamente y le dijo á Pablo:

—Resueltamente te quedas?

—Ya te lo dije.

—Mira, no vayas á hacer una barbaridad, ¡eres tan bruto! Déjala, ¡hay tantas mujeres! Izque ora. ¡No te comprometas, bárbaro! . . . ¿No tardarás?

Pablo respondió con un gruñido. Su resolución estaba tomada. Tiempo hacía que lo había pensado . . . . . lo raro era que no lo hubiese llevado á cabo antes . . Qué extraño le parecía que se desarrollaran tales escenas ante su vista . . . . . nada, uno ú otro, decididamente, iba á dejar de existir. ¿Y por qué vivían aún los dos. . ?

Permaneció inmóvil, arrimado con-

tra la puerta cerrada, conteniendo el aliento, con la mirada fija en la tranca.

Sotero encontró en el extremo del corredor á Rosaura, que lo esperaba risueña y limpiamente trajeada. Lo tomó de la mano y lo condujo sigilosamente al punto opuesto, sentándolo entre unos costales de maiz y una mesa desvencijada, colocándose ella á su lado sobre un poyo. Apenas cuchicheaban. De tanto en tanto percibíanse rumores de besos y suspiros reprimidos, que hacían adivinar abrazos apretados. Alguna vez se oyó el respirar intenso de pasiones formidables en ebullición....

Un momento hubo que chirrió la puerta de la sala y temieron ser sorprendidos. Se estrecharon mucho uno contra otro, agazapados tras los bultos de maiz. No fué nada. Una

ráfaga de viento que movió la puerta. Volvió la confianza y continuaron su poema de amor....

Después de media noche, dijo Rosaura dulcemente:

—Vete, mi vida, ya es tarde; no tardará en volver Teresa de las ofrendas.

Al fin se despidieron, en pie, jadeantes, con la laxitud del placer, en el extremo del corredor, dándose el último beso sonoro, voluptuoso, prolongado, y un estrecho abrazo.

Al saltar la tranca Sotero, dudó si tomar á la derecha ó á la izquierda. Sin saberlo, su decisión resolvería de su vida. Echó á la izquierda. Al volver la esquina en dirección al centro de la ciudad, repentinamente saltó Pablo de la sombra á media calle y se le colocó enfrente, furioso, amenazante, con la respiración entrecortada y ruidosa por el coraje.

Sotero, sorprendido, instintivamente dió algunos pasos atrás, pretendiendo sacar de su bastón el verduguillo. No tuvo tiempo. Bruscamente brilló á la luz de la luna en manos del agresor, el machete de cinta que calló formidable sobre su cráneo. Oyóse un golpe siniestramente seco, como de leño destrozado, é inmediatamente otro más rudo y sordo, como el de un cuerpo que se desploma. Pasó esto con la rapidez del rayo, sin mediar una palabra, nada.

Cayó en tierra exánime el poeta, boca arriba, con los brazos en cruz, agonizante, la boca abierta, la mirada fija en el infinito azul y en un charco de sangre. Apenas exhaló un ¡ay! desgarrador.

El asesino huyó á la barranca, dejando el machete ensangrentado en el lugar de la tragedia.

No pasó más.

La soledad infinita alumbrada gallardamente con la luz melancólica de la luna, que espesaba al pie de los muros y bajo los árboles de los patios inmediatos la negra sombra, hacía de cortejo fúnebre á aquel delicado cuerpo de niño poeta.